

JORGE EDWARDS: HACIA UNA PALABRA PLENA*¹**Roberto Hozven**

Agradezco al CEP, en la persona de su director Sr. Arturo Fontaine Talavera, la oportunidad de estar aquí con ustedes celebrando los 81 años de vida, y 60 de productividad literaria ininterrumpida y galardonada, de nuestro amigo Jorge Edwards. Mucho le debemos al escritor de novelas, cuentos, ensayos y memorias que, además, semana a semana, nos acompaña con su columna cultural de *La Segunda* orientando la opinión pública chilena en la que todos estamos inmersos, sí o sí, aunque a menudo no sepamos cómo. Sus columnas de opinión nos dan las palabras y el orden mental que nos faltan para entender y nombrar las servidumbres (morales, sociales, políticas) que nos enmarañan maniatando nuestra libertad. Cuántas veces, leyéndolo, uno se descubre repitiendo en voz alta “eso es”, “exactamente lo que yo pensaba”. Qué bueno que alguien lo diga porque la verdad —observó Brecht—, para hacerse presente debe ser sabida, y sobre todo, dicha en voz alta para todos. La verdad debe ser nombrada, como coreamos en su oportunidad el dedo interpelante de Lagos o la intervención replicadora de Edwards, al alba misma de la última elección presidencial, contra los temores de ingobernabilidad, sedimentados en el subconsciente de todos, para bloquear la alternancia Sebastián Piñera. Su interpelación “¿Por qué no?”

ROBERTO HOZVEN. Profesor titular de literatura hispanoamericana en la Pontificia Universidad Católica de Chile y, entre 1989-1997, en la Universidad de California, Riverside, en EE.UU. Autor de *Escritura de alta tensión. Desafío de Luis Oyarzún* (Santiago: Catalonia, 2010), *Octavio Paz, viajero del presente* (México: Colegio Nacional, 1994), de ensayos, capítulos de libros y artículos críticos en revistas españolas, hispanoamericanas y norteamericanas.

* Ponencia presentada el 15 de marzo de 2012 en el seminario “Jorge Edwards a los 80” efectuado en el Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile.

Véanse en esta misma edición las ponencias de Sonia Montecino, Nicolás Salerno y Bernardo Toro, y, en *Estudios Públicos* 125, las de Mario Vargas Llosa, Christopher Domínguez Michael, David Gallagher y Pedro Gandolfo.

¹ Estudio realizado dentro del marco Proyecto FONDECYT 1110403.

hizo posible, para algunos, un “Quizás” que sufragó, luego, su triunfo. Agradezco este enfrentamiento de los miedos, el que ayuda de a poco a perderle miedo al miedo. Le agradezco ser partero de una palabra plena: una palabra que descorre tinieblas ideológicas, nos confirma en lo que queremos aunque lo temamos y nos descubre la realidad de los Otros ayudándonos a comprometernos con ellos, en ella, en la realidad, en acciones que nos hagan libres.

Me conmueve, en la escritura de Edwards, su pasión crítica por lo Real, con mayúscula. Su pasión por identificar los clichés fascinantes y repugnantes, o repugnantemente fascinantes que pueblan, a pesar nuestro, los imaginarios indeseables que nos saturan. Imaginarios a los que tenemos acceso, en la vida diaria, solo a través de denegaciones: “uno que es decente”, aunque en su casa golpee a su señora; “uno que es multiculturalista”, aunque piense, muy para su coleteo, que los judíos son sospechosos; “uno que es bueno”, aunque (o porque precisamente) anda siempre pensando lo peor de todo el mundo. La escritura de Edwards, en todas sus formas, pone en escena la tramoya fantástica que sostiene estos pensamientos íntimos (política, social, moralmente incorrectos) que subyacen a nuestras prácticas y conforman creencias tácitas que solo se confiesan en la privacidad de la amistad; pero que determinan clandestinamente nuestras elecciones y conductas públicas. Base del doble estándar: decimos o hacemos en privado lo contrario de lo que declaramos en la testera, en el púlpito o en el aula —como escribía Martín Cerda, ensayista chileno de la generación de Jorge Edwards. La pasión por lo Real, en Edwards, entonces, es pasión lúdica por poner en escena las fantasías que soportan la realidad en que interactuamos todos los días. Pasión por lo Real es igual a situarse en el lugar real en que realmente estamos, incluida la imaginación por la que inventamos y hacemos ser esta realidad que creemos indivisa y unidimensional. Por el contrario —nos dice Edwards— la realidad de todos los días es multidimensional, legión fantástica de ángeles y demonios que murmuran en la oreja del yo único que cree ser el lector de sus narraciones, ensayos o columnas de opinión. Estos ángeles y demonios, más demonios a medias domesticados que ángeles únicamente perversos, no son menos reales que ustedes o mis alumnos. “Al que asome la cabeza, ¡duro con él!, cantaba Carlos Puebla en los primeros años de la revolución cubana. Y los intelectuales aplaudían, sin darse cuenta de que la cabeza de la canción era la de ellos” (*Montaigne*, p. 53).

Todos aplauden, incluidos los intelectuales, porque la fantasía es colectiva y el palo, como la muerte —creemos— caerá siempre sobre el otro. La fantasía, dentro de nuestro gregarismo, sostiene lo que inventamos fuera, aunque a menudo lo olvidemos. Como Kafka, con su larga lista de intolerables, Edwards nos despierta al encuentro de estos clichés colectivos que, en nuestra soledad o presunción, creemos propios. Este afán de expandir nuestra privacidad a la colectividad, vuelve en la escritura de Edwards. La fantasía con sus ilusiones y obscenidades, como la torre de Eiffel, es un dentro nutrido por todos los fueros que la airean. Hacerse comunista —escribe en *La casa de Dostoievsky* (p. 13)— fue un hecho generacional durante la guerra civil española. La fantasía es transferencial, se alimenta de la satisfacción o insatisfacción con que interpela al otro. Por eso el niño Edwards, en *El inútil de la familia*, ríe a mandíbula batiente después de la paliza con que es vejado por la pandilla liderada por la niña “cara de caballo”. El niño ríe con desenfado idiota, “como si fuera otro de quién se riera”, para agradar a quienes lo atormentan (p. 264). Identificándose con el deseo de sus verdugos, en su lucidez servil, el niño —y todos nosotros— estamos constantemente pagando estos peajes, no modernos, de sociabilidad e integración al grupo. Creo que toda la escritura de Edwards, en una de sus dimensiones, se escribe contra estas totemizaciones, contra estos imbunchamientos de que somos objeto y a los que hacemos objeto, en Chile, a quiénes son o no son como nosotros, todos los días. Por “imbunchamiento”, imbunche, me refiero a esa cohesión simbólica negativa que agrupa comunidades y que encarna en imaginarios identitarios *ad hoc*. Ahora bien ¿cómo entra en su escritura esta sociabilidad tan chilena de nuestros caracteres imbunchados? Y cuando ello ocurre, ¿cuál es su modalidad existencial y social?

Narrativamente entra “ampliando la memoria privada a la memoria colectiva e histórica, aunque conservando de todas formas la memoria privada en la historia paralela del narrador contemporáneo” —responde Edwards a Jaime Collyer en una entrevista. “Ampliar la memoria privada a la memoria colectiva” significa expandir una vida al ombligo de sus nudos familiares y sociales, tales como existen en el presente de sus instituciones y artefactos culturales. Significa examinar los intolerables, si no la tiranía de una cultura en el estilo indirecto libre, el flaubertiano: “ese idioma que habla, sin comprometerse ni absolverse del todo, la cháchara repugnante y fascinante que es el lenguaje del otro” (define

Genette, p. 229). Y esto nos lleva al cuándo ocurre. Invariablemente, los personajes imbunchados o “inútiles” de Edwards comienzan a liberarse, a decir “no más”, “basta ya”, cuando el sistema simbólico dentro del que viven los lleva a un punto de quiebre, de ahogo subjetivo por vergüenza, culpabilidad o absurdidad. Cuando ya no pueden más, cuando sus Almas Bellas (en cuanto jamás reconocen los resultados de sus acciones) comienzan, a su pesar, a no poder seguir siendo impunes.

Recuerdo dos situaciones narrativas significativas de esta toma de conciencia liberadora. Una de fuerte sabor autobiográfico, la otra femenina. En el relato “Cumpleaños feliz”, al celebrar en Madrid sus 60 años con la compra de un par de zapatos, el narrador recuerda su sanción ideológica de adolescente decretada en contra de su padre y, con él, del orden señorial chileno. Medio siglo después, comprando un par de zapatos idénticos a los que repudiara en su padre, el narrador escribe:

pensé en el tiempo, en las décadas que había necesitado para superar la aversión a esos zapatos, cuyo brillo de color burdeo oscuro, cuyos agujeros dispuestos en formas circulares, cuya punta gruesa y redondeada no me cansaba ahora de contemplar con deleite. Pensé en esa cantidad de tiempo con horror, puesto que el veto no sólo se había extendido a un estilo de calzado, sino que había abarcado, sin duda, toda una porción del universo [...] Me habían colocado frente a un gran espacio, un territorio variado y lleno de sorpresas, de promesas, de rincones delicados, y yo me había inventado unos límites, me había encerrado en una cárcel imaginaria. (Pp. 108-109)

Hay que negarse a heredar maniqueísmos ideológicos, sea por imitación solidaria o por reflejo inverso, como es el caso. Distorsionan las elecciones estéticas y vitales en que el azar nos puso. La divergencia política e ideológica, si es crítica y autocrítica, no implica el repudio emocional ciego, totalizador, que desdeña la diferencia en la persona del prójimo, miembro como nosotros de la comunidad humana pese a su fidelidad a otros ritos o clase. Ocurre con el repudio: quien diverge de nuestras fantasías se convierte en monstruo. El bestiario de Satán empieza en el lenguaje: serán los “momios”, los “rotos”, los “gusanos”, los “humanoides”, y así la comunidad se convierte en una sociedad de excluidos recíprocos. Bajo la rúbrica excluyente desaparece la humanidad del ser de quien difiere; la sociabilidad se convierte en una ensalada

rusa de exclusiones, enemistades y adversidades hacia quienes son, o no son, como nosotros.

En los relatos de Edwards, el lugar donde interiorizamos y nos graduamos en los miedos y prácticas del imbunche comienza en la familia. “El orden de las familias” —célebre cuento homónimo de Edwards de 1967— regula con severidad lo deseable e indeseable en función del ascenso social centrado en torno a un gris matrimonio de conveniencias. Y quien dirige el campo concentracionario es la madre. Estos imbunchamientos recurrentes desde sus primeros personajes, los cuentos de *El patio* (1952), hasta el protagonista de su penúltima novela, *La casa de Dostoievsky* (2008), ambientada en el bohemio Santiago de Chile, segunda mitad del siglo XX.

En una novela singular de 1985, *La mujer imaginaria*, Inés —la protagonista y el ser más dotado de la tribu— será convertida en monstruo bajo el peso de la noche del miedo, del ridículo, de lo grotesco o del morbo. Inés abandona su temprana vocación de pintora, para la cual estaba felizmente dotada, después de sorprender el torrente de risotadas y burlas estrepitosas con que su familia, reunida alrededor del habitual almuerzo dominguero, celebraba a mandíbula batiente los primorosos dibujos infantiles pintados por ella en su diario de vida, el cual circulaba con impunidad impúdica en la mesa familiar desnudándola de pudor y privacidad. Inés se trauma: repudia su precoz vocación y se transforma en misiá Inés: aplicada esposa, madre y abuela de familia, con exclusión de todo lo demás. Sin embargo, Edwards nos narra el desimbuchamiento de misiá Inés, el retorno a su frustrada vocación infantil para retomarla y desarrollarla cuando, al cumplir 60 años, se le evidencia un vacío pendiente en su vida, el vacío de algo que fue precozmente inhibido, renunciado, sacrificado en pos de su inserción familiar *comme il faut*.

Quienes cumplen 60 años despiertan a un anhelo de completud, de ponerse al día con la deuda pendiente de una vocación traicionada por falta de lenguaje, de libertad defensiva, y que pesa hondo por el abandono forzado en que algo muy querido de uno liquidó. En esta hora del arqueo de lo que ya no se es, bajo el deterioro corporal de los 60 años, el tiempo que queda es mínimo, ahora o nunca, para cumplir vocaciones profundas, socavadas, desilusionadas pero sin desesperanza.

Un valor reivindicado, reincidido, por estos “inútiles” y desimbunchados de Edwards es que se cuidan, en su desamparo, de no

hacerse cómplices en cualquier ocultamiento de la verdad en nombre de causas que pudieren considerarse justas. Los “inútiles” anteponen siempre su verdad quebrada a la justicia propositiva o vociferante con que nos apuran las exigencias utópicas de las Almas Bellas, cuyo lema es bombardear al sistema con demandas imposibles de satisfacerse, para así continuar disfrutando de sus privilegios, pero en paz con sus conciencias fosforescentes de acción revolucionaria. Contra esta fosforescencia fraudulenta actuaron críticamente en el siglo XX Víctor Serge y André Gide, en la Europa de entre guerras; Octavio Paz, entre nosotros, desde 1950 a su muerte y, hoy día, Mario Vargas Llosa y Jorge Edwards. La lección indirecta que me deja la escritura de Edwards es que la libertad comienza cuando enfrentamos los antagonismos reales que desgarran nuestra existencia personal y comunitaria: ¿coacción social o amor familiar (la madre impositiva de “El orden de las familias”)?, ¿repudio patológico o crítica ideológica (el adolescente en que envejeció el cumpleaños)? ¿Cómo criticar las ideologías patológicas de la familia sin instalar bombas en el living de su propia casa? ¿Utopía o verdad? ¿Libertad o justicia? ¿Reconciliación o memorial de agravios? Ambos términos implican opciones existenciales e históricas, cuya experiencia no se da de modo complementario sino antitético, y lo fundamental —entiendo en Edwards— es atravesarlas en sus contradicciones, es decir, cuidando de *no borrar las huellas traumáticas de sus orígenes*.

Para concluir, su palabra plena acuciada de compromiso ético cumple también con el precepto horaciano de aconsejar deleitándonos. Su compromiso con la verdad en sus orígenes traumáticos, y con la libertad en sus riesgos, rima con su *fraseo* humorístico, de comicidad irónica que también se burla de sí mismo, es decir, de las fantasías obsenas que a todos nos aúnan, sí o sí, y que singulariza su escritura entre los escritores chilenos. El fraseo es —sigo a Barthes— la huella, dentro de la frase, de lo vivido y experimentado fuera de la frase. Un ejemplo notable son dos versos del *Cántico espiritual*: “y déjame muriendo/ un no sé qué que quedan balbuciendo” —San Juan de la Cruz trastabilla verbalmente para expresar, con este tartamudeo en el verso, el trance místico innombrable del alma en su comunión divina fuera del verso. El fraseo, entonces, expresa verbalmente un acuerdo, en el sentido musical, de la interioridad humana con la exterioridad que la sume. Es la “*Stimmung*” alemana (Heidegger § 29). Edwards se refiere también al fraseo como “preñez de las palabras”, “engrosamiento de la escritura”

(*Montaigne*, p. 36) o “historias de la historia” (p. 86); otros tantos testimonios de la larga y sinuosa correspondencia entre las cosas. Y bien, el fraseo, el acuerdo ético de la palabra plena de Edwards con su entorno, no pierde nunca de vista el “*mythos* estético-cómico”: los conflictos concluyen necesariamente en resoluciones escépticamente armoniosas de los hombres consigo mismos o con su sociedad dentro de las narraciones y ensayos de Edwards. La reconciliación humana, social y cósmica, aun irónica e incluso satírica, impera sobre la intransigencia del “*mythos* trágico”, el “que no acepta ninguna disparidad entre lo que se desea para sí mismo y lo que el sistema legal o moral dictamina, dada la apasionada creencia de la tragedia en la legitimidad de sus propios objetivos” (White, pp. 20-21). ¡Qué bien se presta la tragedia —en esta definición de White— para los entusiasmos sanguinarios de las utopías, ¿no?!

La comicidad reconciliadora irónica de Edwards, en cambio, hace que el narrador o sus personajes puedan saberse equivocados, pero nunca descorazonados; reconociendo los propios errores siguen animosamente adelante. Los anima la íntima convicción de que ocurra lo que ocurra siempre hay algo más, si no mejor, que pudiera estar ocurriendo en otra parte: trampolín hacia una vida más amplia, hacia un territorio de libertad (Sontag, pp. 110, 214). Esta convicción, respaldada por una reflexión que desentraña las complejidades de lo real, sacude y libera a sus personajes y narradores de cualquier pantano paralizador, sea psíquico o social.

En *La muerte de Montaigne*, después que el narrador confiesa que escribe por intuición y afecto, anticipando las críticas de que será objeto, escribe “Si cometo errores, pido disculpas de antemano. Ya conozco a algunas de las personas que detectarán errores en mi libro y se sobarán las manos de alegría. Contribuyo, por lo tanto, y sin el menor problema a su alegría.” (p. 286). La gracia del fraseo cómico está preñada de humor y contribuye, además, a que la narración resbale, se deslice entre los inevitables clichés de la sociabilidad sin pegotarse con ninguno. El fraseo de Edwards se salta la figura de la contención super-yoica, del “paco”, del señorón interior que todos llevamos dentro, que nos vigila por sobre el hombro y que legitima o deslegitima castigando, bogues o no bogues, lo que hagamos o no hagamos.

La complejidad de la realidad, en sus últimas novelas, Edwards la expresa por medio de oraciones largas, continuas, que al decir yo hablan desde y sobre muchos otros aunque sin decir nosotros, ustedes

ni ellos. Y cuando escribe en tercera persona también está hablando de sí mismo, conciliando ficción con hechos, narración con biografía y crónica. Esta oración es como un friso, una pintura, donde sus sujetos narrativos más que solo hablar, en realidad, conversan con sus cuerpos, en un anhelo de totalidad que les sentimos fallido por el efecto *iceberg* logrado por su fraseo: darnos a entender mucho con poco. Cada sujeto, en el sentido sintáctico, es un hervidero de representaciones abortadas cuya figura no alcanza a cristalizar en un pasaporte único que lo identifique como un solo personaje dotado de conciencia unificada. Un caso ejemplar de esto es el Poeta, protagonista de *La casa de Dostoievsky*, sosias de Enrique Lihn. Estos sujetos de Edwards —parafraseando a Pirandello— están a la búsqueda de deseos y voluntades que descubren descentradas por su raigambre común con las fantasías del grupo. Cada uno es también otro y todos. Son herederos que abjuran de su heredad (como el cumpleaños), o que buscan otras herencias más profundas, anteriores (como misiá Inés), al negarse a tener que elegir entre las certidumbres de la historia o las ficciones de la narrativa. “El señor tomaba partido, pero no pensaba como hombre de partido” —comienza significativamente la primera oración de *La muerte de Montaigne*, la última novela de Edwards. Montaigne es un “exiliado interior” (p. 112); así como Edwards mismo, hacia el fin de la novela, se declara un “exiliado del Chile interior y exiliado del exilio” (p. 289). La fórmula “exiliado del exilio” abjura de los clichés que han marcado comúnmente al exilio: abandono del territorio conocido, dolor del desarraigo, angustia del transtierro. Edwards reencuentra aquí a Roberto Bolaño: “no creo en el exilio cuando esta palabra va junto a la palabra literatura” (p. 40). Ambos no creen en el exilio porque, para el escritor, el exilio forma parte de un desafío fundamental: el de sobrevivir a la violencia de verse desarraigado de su contexto original, “de ser arrojado a un paisaje extraño donde tiene que reinventarse a sí mismo” y, así, nacer a la experiencia de la universalidad (Žižek “Introducción”, p. 6). El exilio involucra la experiencia del extrañamiento: sacude la mirada de todos los días estimulando una reflexión inquiridora de complejidades. El exilio, así entendido, extiende nuestras simpatías, educa nuestro corazón, crea introspección y profundiza nuestra conciencia (Sontag). Los únicos que no medran en el exilio —agrega sardónicamente Bolaño (2005, pp. 40-46)— son los políticos; dejémosles a ellos los clichés del desespero. Sin embargo, en la escritura de Edwards, la fórmula admite todavía otra vuelta de tuerca. “Exiliado del exilio” da cuenta también de una bre-

cha interna en quien habla respecto de sí mismo. Quien habla imagina dentro de sí un interno desconocido para su propia conciencia, alguien de quien no tiene memoria, un extraño en medio de su intimidad, “un íntimo que a la vez es ajeno” —escribe Slavoj Žižek (*Títère*, p. 165). Un extraño que pone en perspectiva cómica los imbunches que a todos nos hermanan al revertir escandalosamente, con humor y autoironía, las oposiciones subjetivo/objetivo o dentro/fuera en esta espléndida y sorpresiva prosa de Edwards.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Bolaño, Roberto. “Literatura y exilio”. *Entre paréntesis. Ensayos, artículos y discursos (1998-2003)*. Edición póstuma de Ignacio Echevarría. Barcelona: Editorial Anagrama, 2005.
- Edwards, Jorge. *El patio*. Santiago de Chile: Imprenta Soria, 1952.
- . “El orden de las familias”, 143-170. *Las máscaras*. Barcelona: Seix-Barral, 1967.
- . *Persona non grata*. Barcelona: Barral, 1973.
- . *La mujer imaginaria*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 1985.
- . “Cumpleaños feliz”, 97-115. *Fantasmas de carne y hueso*. Santiago de Chile: Sudamericana, 1992.
- . *El inútil de la familia*. Santiago de Chile: Alfaguara, 2004.
- . *La casa de Dostoievsky*. Santiago de Chile: Planeta, 2008.
- . *La muerte de Montaigne*. Buenos Aires: Tusquets ediciones, 2011.
- Genette, Gérard. *Figuras III*. Barcelona: Lumen, 1989.
- Heidegger, Martin. “§ 29 El Da-sein como disposición afectiva” [Stimmung], 153-159. *Ser y tiempo*. Traducción, prólogo y notas por Jorge Eduardo Rivera C. 2ª ed. [1927 1ª ed. en alemán] Madrid: Editorial Trotta, 2009.
- San Juan de la Cruz. *Cántico espiritual*. [Http://users.ipfw.edu/jehle/poesia/canticoe.htm](http://users.ipfw.edu/jehle/poesia/canticoe.htm).
- Sontag, Susan. *Al mismo tiempo. Ensayos y conferencias*. Traducción de Aurelio Major. Barcelona: Mondadori, 2007.
- White, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. Traducción de Stella Mastrangelo. [1973 1ª ed. en inglés] México: F.C.E., 1998.
- Žižek, Slavoj. “Introducción. Mao Tse-Tung, el señor marxista del des-gobierno”. *Sobre la práctica y la contradicción*. [2007 1ª ed. en inglés]. Traducción de Alfredo Brotons Muñoz y equipo editorial. Madrid: Ekal, 2010.
- . *El títere y el enano. El núcleo perverso del cristianismo*. Traducción de Alcira Bixio [2003 1ª ed. en alemán] Buenos Aires *et alii*: Paidós, 2006.